

Teoría de la Extrañeza



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2020

Título original: *Teorie podivnosti*, 2018

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia.es  facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© Pavla Horáková, 2018

Traducción: © Patricia Gonzalo de Jesús, 2020

Sobrecubierta: © Pedro Arjona, 2020

Cubierta: Detalle de *Paisaje bajo la lluvia* (1928), de Josef Čapek



MINISTERSTVO
KULTURY

Este libro se publica con la ayuda
del Ministerio de Cultura de la República Checa

IBIC: FA

ISBN: 978-84-18141-21-8

Depósito legal: M-23322-2020

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Teoría de la Extrañeza

Pavla Horáková

Traducción de Patricia Gonzalo de Jesús



Índice

1. De la comunicación, los desniveles y las crisis de la mediana edad	9
2. De las simpatías, la explotación del sistema y los bienes inmuebles	17
3. De los sueños, los hombres buenos y el determinismo nominativo	31
4. De la memoria de los edificios, los puentes quemados y el fin del mundo	43
5. De la vejez, la craneometría y los niños salvajes	59
6. De las comunas, el contacto visual y la cosmética	71
7. De la escala de heces de Bristol, el lastre de la historia y la vida en el campo	81
8. De cuerpos, almas y el Mercado de Ganado	99
9. De los orígenes, la arenisca y la <i>žemlovka</i>	117
10. De las sincronías, la materialización y los soldados	131
11. Del bajo vientre, los monarcas y los ángeles	143
12. De la educación, el talento y la literalidad	153

13.	De los aviones de caza, los bombardeos y la selectividad	165
14.	De la depresión matutina, la locura y la mecánica cuántica	175
15.	De las ejecuciones, el monólogo y los fractales	187
16.	De la división del trabajo, los vasos comunicantes y los planes de negocios	197
17.	De los oráculos, la belleza y la holografía	211
18.	De los nómadas, los cobertores de cabeza y la finitud	219
19.	De Fausto, el contacto y las enfermedades autoinmunes	231
20.	De la incontinencia, los estafadores matrimoniales y la crisis psicoespiritual	239
21.	De las mentiras, la anticoncepción y las vacas flacas	251
22.	Del polvo, el barniz y la velloosidad	257
23.	Del tabaco, la peste y la conciencia externa	265
24.	De las bolas de Mozart, las lombrices y los vaticinios	271
25.	De los correspondientes, las puertas y la autoecolalia	285
26.	De los agravios, el alcohol y la microflora	297
27.	De gatos, científicos británicos y leyes naturales	303
28.	Del amor, la asistencia y la caída libre	317

29.	De la desrealización, el zurullo y el signo lunar	329
30.	De los medianos, la genética y el polvo estelar	337
31.	Del entrelazamiento cuántico, las salchichas <i>špekáčky</i> y la conservación del fuego	349
32.	De la transubstanciación, la dopamina y la singularidad	367
33.	De Flaubert, los reyes y la espontaneidad	381
34.	De los normandos, los carroñeros y el espacio interestelar	393
35.	Del eterno retorno, la tonsura y el complejo de Electra	403
36.	De los neutrinos, las tramas paralelas y los perros extraviados	415
37.	Del perro de Schrödinger, la astuta hija del campesino y el baño caliente	429
38.	Del té caliente, la causalidad retroactiva y la concepción	439
39.	De la muerte, el agravio y la Gran Obra	451
40.	De los cangrejos ermitaños, las fracturas astilladas y la inmortalidad	459
41.	De la rosca de las tuercas, los ingresos pasivos y los finales abiertos	471

I. De la comunicación, los desniveles y las crisis de la mediana edad

ECHÉ UN VISTAZO ALREDEDOR, a las casas de vecinos centenarias por delante de las cuales paso de camino al trabajo hace ya tantos años. Sus fachadas, negras cerca del suelo y algo más claras según ascienden los pisos, son prueba de que la concentración de tóxicos es mayor cerca del suelo. Continúe la respiración inconscientemente.

En esta calle y otras adyacentes hace años que no vive casi nadie. Los locales en la planta baja están vacíos o son sede de negocios de dudosa reputación que se suceden rápidamente. No hay vegetación por ningún lado, no se mantiene nada, nada más que la porquería. Y también el Instituto de Estudios Interdisciplinarios sobre el Ser Humano.

El semáforo empezó a hacer tictac a una velocidad cuatro veces mayor y se encendió la luz verde. Me dirigí a través de la calzada hacia las puertas metálicas: llevaban allí desde los años setenta y desentonaban manifiestamente en el frontispicio

neorrenacentista. Cuanto más me acercaba, con mayor rotundidad notaba lo mucho que me repelían. Después de diez años yendo a diario, a veces incluso los fines de semana y las vacaciones, se había ido acumulando en mí el rechazo hacia el edificio entero y lo que encarnaba. Siempre me afectaba más por la mañana, frente a aquella puerta de entrada como de bloque de pisos de la época de la Normalización: con un agarradero de aluminio y un sucio cristal de vidrio armado. Después de tantos años mi mano ya debía de haber erosionado el metal.

Inspiré por última vez el aire de la calzada y me adentré en el oscuro pasaje. La peste en su interior permanece inalterable con los años. La compone una mezcla emisiones contaminantes del exterior, olor a cerrado y humedad, humo de cigarrillos incrustado en la garita del portero (si bien existen ciertas normas que impiden fumar, nadie las cumple) y olor a café instantáneo. La titilante, granulosa pantalla en blanco y negro de la vetusta Tesla Merkur ha sido sustituida por el resplandor compacto de un modelo más moderno.

Como cada día, saludo al manco señor Kožnar, apodado Bezruč¹, que trabaja aquí hace ya tanto tiempo que ninguno de los empleados recuerda a ningún otro portero. El señor Kožnar ha sobrevivido a decenas de jefes, cinco cambios de nombre de la institución, así como sus dos cierres y sucesivas renovaciones según cambiaba la atmósfera política tras las paredes del edificio.

¹ Juego de palabras que hace referencia al adjetivo *bezruký* («sin brazos») y al nombre del poeta checo Petr Bezruč (pseudónimo de Vladimír Vašek, 1867-1958). (Todas las notas son de la traductora).

La segunda constante es la bibliotecaria de la institución, Valerie Hauserová. A primera vista, a casi nadie se le pasaría por la cabeza que esta discreta sexagenaria en bata blanca de nailon es la persona con nivel educativo y puesto en el escalafón más altos de toda la institución. La profesora titular Hauserová fue la directora durante unos cuantos años. Después, antes de que venciera su mandato, renunció al cargo de un día para otro. Terminó todas las investigaciones que tenía a medias, destruyó los apuntes y trasladó su modesta persona y efectos personales imprescindibles a un despacho más pequeño con vistas y muebles peores.

Dimitió por motivos personales. En efecto, su único hijo, un joven peculiar y de gran talento, había sido declarado desaparecido poco antes. A día de hoy aún no lo han encontrado. Jamás hablaba de ello por iniciativa propia y, tras varios intentos inútiles de dirigir la conversación hacia el tema, ya nadie intentaba sonsacarle. Día tras día, llegaba al trabajo la primera, antes de las siete, y cerraba la biblioteca a las tres. Aunque los empleados echaban pestes sobre el horario, que no coincidía demasiado con su jornada laboral habitual, sus refunfuños no habían servido de nada: las condiciones no habían cambiado en absoluto. A veces me paso a verla por la mañana, cuando no tengo fuerzas o motivación para trabajar.

—¿Te tomas un té verde conmigo? —me ululó con voz ronca por el tabaco al pasar por su puerta—. El agua está aún caliente.

Aquello no me cuadraba. En la vida había visto a Valerie comer o beber nada que se pareciera ni de lejos a una ali-

mentación sana. No ocultaba su actitud desdeñosa hacia los adelantos de la modernidad. Varias veces al día se hacía un café turco directamente en el vaso: una taza de café barato, sobre el que vertía agua hirviendo, con dos terrones de azúcar. Al ver mi expresión confundida, señaló un vaso lleno de un líquido verde oscuro humeante.

—Licor de hierbas con agua hirviendo. Me estoy pillando algo. No me digas que nunca lo has probado, Ada.

Por lo que conozco a Valerie, seguramente acababa de inventarse aquella bebida. Me di cuenta de que, además del desayuno, me había saltado por error el lavado de dientes. El agua caliente con *peppermint* sería mejor que la pasta.

—¿Quieres echarle azúcar? —Negué con la cabeza—. Voy a fumarme un cigarro al balcón. Puedes acompañarme si quieres.

El inhóspito despacho bibliotecario tiene acceso a la terraza junto a la biblioteca. Da a la calle, así que sentarse allí no es precisamente idílico, pero para una fumadora habitual como Valerie Hauserová es una suerte.

Nos sentamos frente a una mesita polvorienta y nos caldeamos las manos con aquel vaso de mejunje de color venenoso. A nuestros pies avanzaban poco a poco caravanas de coches, dosificadas regularmente por los semáforos. La peristalsis del tráfico. Hileras de vehículos se desplazaban en cada contracción de una luz a otra para volver a detenerse. Una y otra vez. Y, del mismo modo que el bolo intestinal, también los vehículos producían gases pestilentes. Inhalar voluntariamente más humo y expelerlo a la atmósfera parecía un derroche. O quizás

al revés: el medio ambiente estaba tan desconsoladamente contaminado que ya no tenía importancia si uno aspiraba unas cuantas decenas de componentes cancerígenos más.

—¿Y Robert? ¿Sabes algo? —preguntó Valerie al cabo del rato.

—Nada.

—Pues mejor —asintió y permaneció en silencio.

Hace un mes Robert y yo todavía teníamos una relación seria, como suele decirse. Lo conocí cuando ya estaba harta de sabelotodos que no eran capaces ni de atornillar un estante. Así que me busqué a un hombre que, pese a tener solamente la Formación Profesional, se comportaba como un adulto, tenía músculos, negocio y coche propios, y al que mis dos doctorados le importaban un bledo. Me había hecho a su masculinidad sin complicaciones y me había convencido de que aquello era la vida real y de que la abnegación haría de mí una persona mejor y una mujer adulta. Los fines de semana, durante las retransmisiones deportivas, cocinaba recetas del libro de Rettigová², limpiaba gotitas del suelo del baño y por la noche me metía a escondidas taponos en los oídos para poder dormir con sus ronquidos. Me había acostumbrado. Aprendí a quererlo y, en cierto modo, contaba con él. La última vez que lo vi, estaba imprimiendo en casa un documento. Ni siquiera me interesaba saber qué era. Lo miré de reojo más bien por error. Era un certificado de antecedentes penales en blanco que acababa de hacerse. Falso. Sabía de una condicional. De

² Se refiere al *best seller* del siglo XIX *La cocinera doméstica* (*Domáci kuchařka*, 1826), de la escritora checa Magdalena Dobromila Rettigová (1785-1845).

las condenas y ejecutorias me enteré mucho después, cuando Robert ya se había dado a la fuga. No sin antes llevarse todas sus cosas y también un par de las mías. No sé en qué país se esconde ahora para evitar la extradición. El dinero que me pidió prestado y que invirtió malamente en coches y dios sabe qué más ya no volveré a verlo. Y a él espero que tampoco. En realidad me alegra que se haya largado. Lo único que no me perdono es haber estado dispuesta a volverme del revés para adaptarme a él y sobre todo a las convenciones. Me quedaron de él un par de agujeros con tacos para tornillos en la pared y una herida abierta en el lugar en que solía estar la confianza en el género humano. Me gustaría pasarle la cuenta en compensación por la vida que había malgastado.

—Todo lo que te sucede ahora no es más que el prólogo a los milagros que se revelarán con el tiempo —me consoló entonces Valerie. De momento sigo esperando.

Contemplábamos la animada comunicación allí abajo. Coches, gente, mercancías, ideas: todo circula de un lugar a otro. Cuando la comunicación se interrumpe, se forma un berenjenal. Así de gráficamente me lo explicaba mi psicóloga cuando me insistía en que tengo que hablar de los problemas, comunicar.

—Se me ha ocurrido que en esta calle no dura nada más que la suciedad —señalé abajo—. Por ejemplo ahí, en la esquina, la tienda 24 horas. ¿Cuántas tiendas han pasado por ahí en los últimos años? Y ya la han vuelto a cerrar.

—Pasa como con los vasos sanguíneos, cielo —la profesora Hauserová dio una calada—. Esto es un vaso enfermo

por el que circulan solo elementos tóxicos, de modo que sus paredes se van obstruyendo. Como si se pegaran a ella cristales de colesterol. Bueno, y sobre esos sedimentos luego se amontona más porquería. Por eso en los alrededores no funcionan más que *sex shops*, casas de empeños o casas de juego. La mugre se pega a la mugre —concluyó y soltó el resto del humo.

—Los negocios de reputación dudosa se mantienen en las calles que van cuesta abajo. ¿Te has dado cuenta? —continué especulando—. Tienes, por ejemplo, calles en las que hay panaderías, cafeterías, papelerías y carnicerías... mientras van por lo llano. Pero en cuanto empiezan a descender proliferan las tiendas 24 horas pasajeras, los bares, las tiendas de segunda mano, las tiendas de alquiler de vestidos de novia y los baratillos.

Valerie se quedó pensativa:

—Debe de ser que a la gente no le gusta caminar cuesta arriba ni cuesta abajo. Ni a los clientes ni a los comerciantes. Tal vez por eso los alquileres ahí son más baratos. Y cuando quieres abrir de prisa y corriendo un negocio y necesitas recuperar rápido el dinero con la mínima inversión, en una mala ubicación consigues un local más fácilmente.

—O en las cuestas nada bueno aguanta por culpa de la gravedad —observé—. La calidad o bien se queda en la parte superior, o bien se desliza hasta el valle. Y a la ladera se adhiere solo lo que es especialmente viscoso y pegajoso, y tampoco por mucho tiempo.

Valerie me dio una palmadita en el hombro.

—Tal vez podía mencionarlo hoy en la reunión, ¿no crees?
—Le guiñé un ojo—. ¿Hay alguien aquí que se dedique a la geografía antropológica local? Sería un buen tema de investigación: *Relación entre los fenómenos sociales patológicos y los desniveles en el entorno urbano*.

—¡Es lo suficientemente estúpido para lograr una subvención! —A Valerie le entró la tos de la risa. A mí no me hacía tanta gracia. Mi propia investigación llevaba ya un tiempo estancada y no lograba avanzar con ella.

—Bueno. Gracias por ese té verde. —Me levanté para marcharme.

—No hay de qué —respondió Valerie—. Y ánimo.

¿Cuántas veces había escuchado esa palabra últimamente? ¿Cuántas veces la había pronunciado yo misma? ¿Llega en la vida un momento concreto en el que tus amigos, para despedirse, en vez de «Que te vaya bien» empiezan a decirte «Ánimo»? ¿O estoy simplemente sugestionada por mis sentimientos coyunturales y veo dificultades allá donde miro? Tal vez es el preludio a la manida crisis de la mediana edad, solo que en mi caso se ha presentado antes de que me haya dado tiempo a acumular la experiencia y los bienes que corresponden a la mediana edad. Puedes vestirte y comportarte con un aire juvenil, posponer la madurez y sus obligaciones, pero no puedes burlar al tiempo. En mi currículum empieza a aumentar la lista de pérdidas.

2. De las simpatías, la explotación del sistema y los bienes inmuebles

«**L**AS COSAS SE LEVANTAN sobre ideas», anoté aquella mañana en el cuaderno en el que suelo apuntar mis sueños. Contemplé aquella frase un momento, luego la subrayé y cerré la libreta de golpe. En aquel instante aquel pensamiento me pareció magnífico. Sentada en la cama, recorrí la habitación con los ojos entornados. Todos los objetos a la vista existían en realidad, antes que nada, en mi imaginación. Incluso mi piso era originariamente solo objeto de mi deseo. Todo lo que allí estaba había surgido de pensamientos, sueños y anhelos y se había materializado con el dinero que había ganado también por otros pensamientos. Me entró la duda de si aquella máxima provenía realmente de mi cabeza o si la había leído en alguna parte y me había apropiado de ella. Preferí levantarme y abrir las cortinas.

Es imposible cansarse de esa vista. Una hilera de palacios junto a la catedral, todo perfectamente asentado en una

colina junto al río. Se veía a través de la ventana una panorámica de sellos y postales solo para un par de afortunados.

Tenía hambre, pero en la panera no encontré más que una bolsa vacía. La puerta del cuarto de invitados estaba cerrada. Eso significaba que mi hermano estaba durmiendo la juerga y que cuando llegó aquella noche le había dado tiempo a saquearme la cocina. Le dejo dormir en mi casa cuando no tiene dónde caerse muerto. Es decir, siempre y cuando no esté viviendo con alguien. Como justo en este momento. Mi hermano normalmente se queda un par de semanas, con los gastos pagados de mi bolsillo, y luego vuelve a trasladarse a casa de otra persona que lo acoge en su seno. Sin miramientos acerca de su sexo, edad, nacionalidad o posición social. Mi hermano menor, Gregor, fruto de una pasión tardía o de un fallo de los anticonceptivos. Ayudó a mis padres a posponer el apogeo de su crisis matrimonial, solo que en los desenfrenados años posteriores a la revolución les resultaba más bien un incordio, dado que ambos tenían preocupaciones de sobra con sus nuevas carreras y neurosis. Por eso, más que hacia nuestros padres, tira hacia nosotras, sus hermanas, sobre todo hacia mí, seguramente porque la mayor, Sylva, vive hace ya años en el extranjero. Ninguno de nosotros estábamos en los planes. Podían habernos llamado tranquilamente Imprevista, Equivocación y Error, supongo que como a la mayoría de nuestra generación. Tal vez como a la mayoría de la humanidad.

El firmamento otoñal sobre la colina de Petřín estaba despejado. En el occidente palidecía la luna, que iba retrocediendo como cuando pisas un globo.

Una hora y media después, el mentol y el alcohol en la faringe me recordaron con resquemor que no había desayunado. Abrí el despacho, lancé el bolso al alféizar y encendí el ordenador y la radio. Una voz femenina anunciaba:

«... Otras noticias nacionales. La policía de Šumperk investiga el insólito caso de impacto de un rayo. Durante el temporal que afectó a la región el mes pasado, una descarga eléctrica alcanzó a un hato de vacas que pernoctaba bajo un árbol y acabó con la vida de todas las cabezas de ganado. Los especialistas de la administración veterinaria constataron que no recuerdan nada semejante. Bajo el tilo pereció un hato compuesto por veinte cabezas de ganado vacuno. El ganadero ha cuantificado los daños, que ascienden a trescientas mil coronas. Según los especialistas, existe la posibilidad de que un rayo alcance a todo un hato. Si bien es remota, no puede descartarse. Si los animales se encuentran muy cerca unos de otros, la tierra mojada puede actuar como conductor. Y ahora el deporte...».

Apagué la radio sin mirar, porque entretanto la pantalla del ordenador ya estaba brillando, las actualizaciones se estaban cargando y los programas, abriendo. En mitad del escritorio destacaba el documento con el título provisional «Percepción subjetiva de la mutua compatibilidad visual». Mi trabajo para la oposición a profesora titular. Fui yo quien se empeñó en este tema, pero a decir verdad no sé qué hacer con él: la hipótesis se me deshace entre los dedos. Colegas más

experimentados me aconsejaron con acierto que eligiera una materia que no me interesara demasiado a nivel personal y con la que no tuviera ningún vínculo emocional. Simplemente quería ser escrupulosa en mi proyecto científico y dedicarme a algo que de veras me entusiasme. Simplificando, el objetivo de mi trabajo es cuantificar hasta qué punto tiene validez que le caigas automáticamente simpático a otra persona cuando esa persona te cae simpática a ti y viceversa. Estrictamente en función de los rasgos y expresiones del rostro, antes de que alguno de los sujetos de estudio abra la boca. Un poco como un doble efecto halo, aunque no del todo.

Me quedé mirando el icono del documento en el escritorio mientras consideraba si no debería salir mejor un momento a buscar algo de comida. En ese mismo instante se abrió de golpe la puerta y entró el compañero con el que comparto despacho. Por lo general, no vemos con frecuencia a la gente del instituto, porque muchos de ellos están contratados en varios sitios y además enseñan en la Universidad. Cada dos por tres alguien está investigando sobre el terreno o de sabático.

—¿Qué haces tú aquí tan temprano? —me espetó nada más entrar por la puerta. Ivan Mrázek no tiene por costumbre aparecer por el despacho antes de las once, así que se sorprendió al verme allí sentada a las nueve. Hoy, excepcionalmente, ha llegado antes porque ha cogido el primer autobús de la mañana desde su región fronteriza natal. Hace ya varios años que reforma paulatinamente la casa de campo que ha heredado en el somontano de Jeseníky. Sus abuelos adquirieron a precio de risa la casa de unos alemanes justo después de la guerra. Cien años atrás

formaba parte de una aldea con una población considerable, hoy está aislada. El sueño de toda la vida de Ivan es montar un hospital. Dedicará a la reconstrucción todo su tiempo libre y sus ingresos. En cuanto ponga en marcha el negocio, se despedirá de la ciencia y se convertirá en hotelero alpino, formará una familia, adoptará un perro y un gato y será feliz hasta su muerte.

Nunca ha ocultado que la ciencia es para él el camino más accesible para hacerse un hueco en la sociedad. Ni se le pasaba por la cabeza un empleo en una multinacional, porque no estaba hecho para un ritmo de trabajo exigente, un entorno competitivo ni la cultura corporativa. Como yo. Claro está, para poner en marcha un negocio propio no tenía capital. No le quedaba otra que encontrar un empleo en el sector público. Ya durante sus estudios estimó que justo la esfera académica le ofrecía mayor libertad y espacio para su espíritu emprendedor y, si era lo suficientemente aplicado, al final incluso un salario razonable. Un par de contratos como profesor asistente en Universidades, el sueldo del instituto, publicaciones, traducciones, dietas de viajes al extranjero: sumándolo todo, lograba ahorrar decentemente y sin el estrés que conllevan puestos de responsabilidad. Y su área de investigación es encima bastante divertida. Trabaja en la probabilidad de que se produzcan fenómenos adversos. Dicho de otra forma, investiga si en la práctica funciona de forma real y verificable la ley de Murphy o si solo es una impresión subjetiva. El método del mínimo esfuerzo le está dando resultado en la esfera académica y ningún superior ha adivinado que no se trata más que de un camuflaje. Nadie ha puesto en duda su ética de traba-

jo, los resultados de sus investigaciones, sus publicaciones ni su estilo de enseñanza. ¿Por qué iban a hacerlo? Todos preferían cubrirse las espaldas: ¿y si para resarcirse alguien husmeara demasiado en sus resultados? Así es como funciona todo en nuestro instituto desde hace unos años. Por otra parte, más o menos así es también como se graduó nuestra generación. Con el cambio de sistema echaron de las Universidades al personal comunista y regresaron los docentes a los que antes no se les permitía dar clase. Muchos de ellos ya no se orientaban en el ambiente académico. No había suficientes catedráticos ni titulares, así que daban clase los asociados y los puestos de profesor se pagaban de cualquier manera. Cualquier docente temía que lo tacharan de partidario del antiguo régimen, de modo que preferían hacer la vista gorda, con lo que la libertad de los estudiantes no pocas veces rozaba la anarquía.

Conseguí mi diploma en una época en que los profesores fingían enseñar y los estudiantes fingían estudiar. En los exámenes se mantenía un pacto entre caballeros: «Nosotros os aprobamos y ustedes no se quejan de que no les hemos enseñado nada». Era común que los docentes dieran las clases magistrales leyendo de cuadernos ajados sus propios apuntes de la Universidad. Los estudiantes anotaban obedientes verdades de hacía treinta años y luego las regurgitaban en el examen. Rara vez se suspendía y más que por ignorancia era por la total incapacidad para los estudios. La mayoría de los matriculados en nuestra Facultad al final nos graduamos con éxito. Solo los verdaderamente ineptos tenían que ir a una segunda convocatoria de examen de vez en cuando. La Universidad per-

día puestos en los *rankings* internacionales de forma implacable. Los años posteriores a la revolución pasaron y la situación empezó a asentarse. Pese a todo, en la enseñanza universitaria se mantiene algo del caos originario, sobre todo en los departamentos ignotos. Por ejemplo, precisamente del nivel de los seminarios de Ivan no me hago grandes ilusiones. El dicho que afirma que quien sabe hace y quien no sabe enseña está tomado de la vida misma. Y me da un poco de aprensión que se me pueda aplicar también a mí. Aunque me tomo en serio mi trabajo, no puedo librarme de la sensación de estar fingiendo todas mis cualificaciones, del temor a que me vayan a desenmascarar con ignominia de un momento a otro. Al parecer es un diagnóstico común que afecta a neuróticos como yo. Se llama síndrome del impostor. Últimamente no estoy segura de casi nada. Ivan, por el contrario, no parece dudar de sí mismo.

—Imagínate: el obrero de Hanušovice me ha puesto los azulejos de dos baños a lo ancho en vez de a lo alto. Menos mal que me he dado cuenta a tiempo. Le he mandado quitarlos. Por suerte tenía el encargo por escrito, así que el perjuicio corre a cargo de su empresa. Tiene que estar uno subido a su chepa, si no, no dan pie con bola —se quejaba mientras se frotaba las manos. Creo que es el único hombre que conozco que tiene sobre su escritorio un tubo de crema con la que se unta las manos varias veces al día.

Ivan me cuenta anécdotas de la obra una semana sí y otra también, de modo que ya ni siquiera tengo que fingir interés, ni mucho menos hacer preguntas adicionales. Simplemente asiento con la cabeza y de vez en cuando mascullo algo. Yo

misma sé lo mío acerca de reformas y reconstrucciones. Como sentenció una vez un amigo en nuestra celebración conjunta de la treintena: «Los bienes inmuebles son el tema de nuestra generación». Empezamos a independizarnos a finales de la década de los noventa, en la época en que por fin se liberalizó el mercado de los pisos. En las ciudades se privatizaba, se restituía, se vendía, se hacían chanchullos con los decretos para regular arrendamientos, se compraba, se revendía, se especulaba y, excepcionalmente, también se construía. Todo ello en masa. La regulación del alquiler y la marea de extranjeros en Praga pusieron patas arriba el mercado de la vivienda de alquiler, así que a los jóvenes les merecía la pena comprarse un piso y pagarle cada mes al banco por la hipoteca una suma que de otro modo iría a parar al bolsillo del casero. Una generación casi al completo se endeudó así antes de lo que debería, se hizo mansa, extorsionable y obediente.

A diferencia de la mayoría, yo tuve suerte. El piso en la orilla del río me salió barato, como a Mrázek la casa de campo. Durante la privatización compré a precio de ganga el piso de tres habitaciones de mi abuela. Bastó con reformarlo. El martirio de los obreros todavía se podía aguantar; lo peor era tratar con la Administración. Ignoré una petición de soborno y por eso tuve que esperar un año para que al fin me otorgaran la cédula de habitabilidad. Me habría encantado olvidarme de todo aquello, pero Ivan me recordaba el tormento cada semana con sus historias sobre el hostel.

—También he tenido que reclamar el suelo, porque en un rincón sobresalía dos centímetros por arriba. He hecho que

los tipos arranquen las láminas y que echen una capa más de pasta niveladora, imagínate.

Su alojamiento en Praga lo resolvía Ivan del modo más económico. A pesar de su edad y de su categoría académica, había logrado seguir viviendo en una residencia universitaria. Había encontrado resquicios en las normas y disposiciones y cada año documentaba que tenía derecho a que le dotaran de alojamiento en las instalaciones de la Universidad. La probada teoría socialista de que quien no roba es porque sisa a su propia familia se aplicaba con éxito también en el nuevo sistema. Completamente dentro del marco legal, había conseguido exprimirle el máximo de posibilidades. Me juré que lo felicitaría por esos privilegios tan bien discurridos, siempre y cuando no se vanagloriara de ellos demasiado a menudo.

—Y también pillé al pintor pasando la brocha por los marcos de las ventanas sin decaparlos primero. ¿Tú lo entiendes?

—¿Sabes lo que suelen decir los arquitectos y los constructores? —lo interrumpí—. Que en las obras todas las mañanas tienes que elegir al azar a un obrero y pegarle un tiro, a modo de advertencia. Seguro que no es inocente. Voy a comprar algo de comer. Vuelvo enseguida.

Tengo una manía rara. Por la noche, antes de dormir, por ejemplo mientras leo en la cama, me entran unas ganas horribles de desayunar. No es un hambre común y corriente que mates con un panecillo o un plátano. Es una apetencia específica de té caliente o café con leche, cruasanes crujientes, tortitas con sirope de arce y tostadas recién hechas con mantequilla y mermelada de naranja. Normalmente no me prepa-

ro nada de esto para desayunar, por la mañana no me da tiempo y, además, nunca tengo en casa todos los ingredientes a la vez. Y, sobre todo, por la mañana casi nunca tengo ganas de desayunar algo así. Me levanto con un nudo en el estómago y la mayor parte de las veces si acaso consigo tragar un trozo de pan con algo. Pero justo acababa de presentarse la ocasión de cumplir mi sueño.

Los coches avanzaban lentamente por las entrañas de la ciudad como tenias a las que no paraban de crecerle cada vez más anillos. Los sorteé y doblé la esquina hacia una calle más tranquila pero igual de desconsoladora. En los soportales junto a la salida del metro estaba sentado entre charcos un toxicómano desmejorado que soplabla en la flauta dulce *El cóndor pasa*. Sus dedos con largas uñas negras tapaban los agujeros. Cada dos por tres tenía que retroceder en la melodía porque no acertaba con las notas. Después de cada estribillo daba una calada a un cigarrillo masticado y seguía desafiando. En la esquina había una pareja de drogatas, un hombre joven y una mujer, sus caras llenas de abscesos, ella casi desdentada, que discutían con las palabras más soeces. Entre los coches aparcados junto a la acera había un hombre orinando de pie que apuntaba al medio de la calle.

Sin embargo, la cafetería que había al lado estaba repleta de gente joven, sana, atractiva. Cada cual estaba sentado frente a una mesita, con su taza de café o su zumo de frutas delante, mirando al ordenador. El local había abierto hacía poco, acomodado a todas las nuevas modas, por eso de inmediato se habían reunido allí todos los que tenían que ser los primeros.

Mis planes de un desayuno tranquilo se aguaron al toparme con un colega del instituto. Ya era imposible fingir que no lo había visto. Patrik Sváček, también llamado el hombre sin atributos. Se levantó de inmediato a darme dos besos. También Patrik se sabe mover bien en el sistema. Aunque toda la vida ha debido de tener claro que no es ninguna lumbrera, gracias a cierto tipo de diligencia y aplicación había superado con éxito todos los niveles educativos y a base de trabajo había llegado al mundo académico. Lo que no consigue con sagacidad y cultura general, lo logra con diligencia y obsequiosidad, con una sonrisa, un cumplido, información útil, un contacto o un pequeño detalle. Ahora que lo pienso, no es que me ponga de los nervios que sea un trepa, sino más bien que se salga con la suya. Incluso su inteligencia social es de manual y de series estadounidenses. Es un poco homúnculo, un prototipo de hombre nuevo fabricado en algún laboratorio en el que cargaron un único programa: encontrar siempre el modelo de comportamiento más ventajoso y actualizarlo regularmente. Es una persona que nunca ha expresado una opinión propia, solo proclama apasionado las que han sido en un determinado momento más aceptadas en su entorno, ya sea la sostenibilidad ecológica, la política o la calidad de los alimentos. Jamás ha dicho una mala palabra sobre nadie, para no rebajarse; jamás ha expresado nada controvertido, no fuera a ser que tuviera que defender su postura con argumentos que no había podido estudiar por anticipado. Cuando en una situación no tenía un patrón emocional o argumentativo, desaparecía de escena. Jamás había visto en él un sentimiento espontáneo (alegría, entusiasmo o enfado), siempre valo-

raba la coyuntura con su *software* oportunista y sacaba del compartimento correspondiente la manifestación externa espuria de una determinada emoción. Pero, a decir verdad, me cabreaba sobre todo porque me la había colado. No lo calé a la primera. Y lo que más me irritaba de todo es que había pasado incluso mi test de compatibilidad visual. Así que toda la ira por mi mal juicio acerca de la gente la proyecto ahora en Patrik Sváček.

—Tienes que probar el café de filtro, es fabuloso —me advirtió como iniciado en la materia.

Patrik se diferenciaba del resto de los colegas del instituto también por su aspecto. Mientras que la mayoría de los académicos vestía ropa discreta, práctica, él iba perfectamente arreglado, tenía debilidad por el calzado de calidad y los complementos. Cambiaba de peinado según las modas, lo mismo que de novia. Aguantaba una temporada con cada una. Cuando cambiaban las tendencias, había que mudar de pareja. Me avergüenza haber sido en su momento una de ellas. Antes de que me diera cuenta, me había cambiado por un nuevo modelo, del mismo modo que era imprescindible renovar regularmente el teléfono y el ordenador. Ahora, con distancia, deduzco de esa suma de indicios que tras su inconstancia amorosa no se esconde más que su homosexualidad no asumida.

—¿En qué estás trabajando ahora, Patrik? —desvié la conversación del café hacia un tema que compartía. Sváček trabajaba en otro departamento, así que no estábamos en contacto a diario.

—Tengo ahora la oportunidad de conseguir una subvención estupenda. Estoy consultando con el jefe, pero no se nos ocurre nada...

—Yo sé de algo. Me ronda la cabeza ya hace tiempo. —Me incliné hacia él y bajé la voz—. ¿Y si analizaras qué significado evolutivo tiene el hecho de que el hombre a menudo, justo después del acto sexual, se quede dormido, mientras que la mujer suele estar en ese momento predispuesta a continuar? —Me miraba sin comprender, así que continué—. Yo diría que es un vestigio del comunismo primitivo. Cuando quedaba eliminado rápidamente el macho alfa de la cueva, podía reemplazarlo otro para satisfacer por fin a la mujer en cuestión, a hurtadillas, ¿entiendes? Y de esta forma la mujer podía asegurarse futuras ventajas en el caso de que el primer macho muriera y el segundo ascendiera en el grupo a alfa. Se produce un comportamiento similar en los chimpancés o algún animal así.

Se acercó la camarera e hice mi pedido.

—En mi opinión se trata tan solo un error evolutivo, una desviación sin sentido —Sváček meneó la cabeza y dio un sorbo al café con el dedo meñique estirado. No había pillado la alusión a nuestro pasado en común.

—Vale, entonces, ¿qué tal analizar la composición del Parlamento y del Senado según los signos del zodiaco y compararla con la distribución normal de los signos en la población?

—¿Qué clase de estupidez es esa? Nadie va a darme dinero para eso.

—Yo no lo descartaría. Una vez, por pasar el rato, lo calculé y obtuve resultados interesantes, grandes desviaciones a favor de dos signos concretos y, por el contrario, una llamativa ausencia de otros dos... Naturalmente, siempre y cuando le des a la astrología cierta importancia.

—Por supuesto que no. No es más que charlatanería. Si no, según mi signo debería ser...

«Exactamente como eres», pensé.

—En ese caso tengo para ti otra idea. Hace un rato estaba hablando de ello con Valerie y se nos ocurrió proponérselo a alguien del instituto.

Patrik aguzó el oído, porque el nombre de la antigua jefa prometía que de ahí podía salir algo. Solamente tenía en cuenta las opiniones y las ideas sancionadas por la autoridad. Patrik, definitivamente, no era ningún pionero, aunque le gustaría considerarse como tal. Era especialista en ir a lo seguro.

—Se nos ha ocurrido que los fenómenos sociales negativos proliferan en lugares semejantes.

—¿Como por ejemplo...?

—Por ejemplo, los establecimientos de dudosa reputación, como casas de juego y *sex shops*, los encuentras a menudo en lugares en los que la calle está en cuesta. Tenemos incluso el título: *Relación entre los fenómenos sociales patológicos y los desniveles en el entorno urbano*.

Patrik no parecía entusiasmado.

—No importa. Me lo quedo para mí. —Me encogí de hombros.

—En serio, deberías probar ese café de filtro. Etiopía, recién tostado, aquí mismo.

Sonreí y me senté en otra mesa.

3. De los sueños, los hombres buenos y el determinismo nominativo

UNA DE MIS CUALIDADES es que me sobran las ideas y tengo teorías para todo. Ideas para estudios científicos, guiones de cine, cuentos, planes de mejora de ingeniería social, etc. Tal vez se trate de algún trastorno de la personalidad: megalomanía, síndrome mesiánico, trastorno obsesivo compulsivo o algo por el estilo. El entorno en ocasiones considera mis ideas buenas y factibles, pero de vez en cuando hacen un gesto de incredulidad con la cabeza, añadiendo que si estuviera casada y tuviera hijos se me pasarían semejantes despropósitos. Esto lo contrarrestan los casos en que he logrado poner en práctica alguna de estas ideas estrafalarias en el trabajo o cedérsela a un compañero.

Por supuesto para las ideas más estrambóticas tengo la más ansiosa y ferviente salida. Se trata del ingeniero Aleš Drlík y su empresa, la *start-up* llamada DreamFactory, SLL. Si cuando estoy despierta mis ideas son descabelladas, duran-

te la noche mi inconsciente sin censuras produce en esencia creaciones visionarias. Aleš Drlík se percató de ello cuando vivíamos juntos, hace unos años. Eso fue antes del episodio con Sváček.

Soy una de esas personas en las que la fase REM del sueño dura la mayor parte de la noche. A excepción de los primeros veinte minutos después de quedarme dormida, cuando no me logra sacar del sueño profundo prácticamente nada. Si algo me despierta del todo, por ejemplo una llamada de teléfono, pueden pasar incluso varios minutos hasta que mi alma regresa de los confines por los que vagan las almas cuando abandonan el cuerpo. El resto de la noche disfruto de una proyección ininterrumpida de trabajados argumentos, en lenguas extranjeras o en decorados alternativos insertados en lugares conocidos. Viajo mucho en sueños, sobre todo en transporte ferroviario. Y una parte fundamental de mis sueños la constituyen cuestiones técnicas. Aparatos, accesorios, inventos inexistentes. Tengo por costumbre, al despertarme, compartir mis sueños con quien tengo cerca en ese momento, y Aleš fue ese destinatario durante casi dos años. Al principio se burlaba de mis partos nocturnos, pero cuando se dio cuenta de que, al poco tiempo, en algún lugar en el otro extremo del mundo, se materializaban con éxito, intuyó la oportunidad. Comenzó a anotar mis sueños técnicos y a controlar la evolución del área en cuestión. Poco a poco fue elaborando improvisados estudios de viabilidad, hasta que por fin llegó a la conclusión de que si reunía mis sueños, los transformaba en proyectos, en caso necesario tramitaba una marca regis-

trada o una patente y las vendía, ambos podíamos ganar dinero con ello. Lo que más le impresionó fue cuando salieron al mercado los primeros teléfonos móviles con cámara integrada y radio en los que se podía jugar a juegos. No mucho tiempo antes me había estado tomando el pelo a causa de un sueño en el que podía fotografiar con mi transistor preferido y en la pantalla de la esquina jugar a videojuegos. Esto sucedió en la época en que mi ruidoso móvil no tenía más que una pantalla en blanco y negro de dos líneas.

Le desbaraté a Aleš sus proyectos empresariales cuando lo dejé. Y es que el ingeniero Drlík es un buen hombre. Amable, ordenado, empático, equilibrado, puntual, íntegro, aseo, de fiar y, en definitiva, todo lo que se considera un buen partido. Solo que después de unos cuantos meses de convivencia me empezó a doler el estómago y, más tarde, la tripa entera de arriba abajo. Tenía ardor de estómago, me atormentaba la diarrea, me daban vahídos en cuanto ponía un pie fuera de casa. Recordé que la última vez que me había sentido así había sido cuando en la Universidad salía con otro buen chico, así que corté la relación con Aleš. Me dio su beneplácito hasta mi psicóloga. El alivio fue completo al cabo de pocos días y los problemas no se volvieron a repetir.

Me costó explicárselo a Aleš. Nunca discutíamos y no pude mencionar ni una sola cosa de importancia que me molestara de él y que pudiera cambiar para complacerme. Era como si la falta de defectos evidentes en Aleš y la ausencia de un conflicto abierto chocaran con mis problemas de salud. Como no podía pelearme con él por amor, mis intestinos se peleaban

consigo mismos. Mi cuerpo reaccionaba con rechazo y, como es de todos conocido, el cuerpo nunca miente. Y había algo más. Tan insignificante que no podía contárselo absolutamente a nadie porque me pondrían a caldo. Lo que pasa es que tengo la idea fija de que un nombre de pila masculino debe sonar masculino. Y a ser posible contener la letra R. Para mis parejas no tengo demasiados requisitos concretos, por ejemplo en lo tocante a su patrimonio, educación, aspecto o posición social. Pero la R en su nombre de pila como indicación de su pertenencia al sexo opuesto es una condición indispensable. Creo en la relación entre el nombre y el carácter. Aleš es un nombre ovalado de rasgos insulsos, color indefinido y consistencia blanda, indeterminado en el espacio. Y para más inri ese apellido diminutivo... Sus portadores suelen ser ambiciosos, pero los diminutivos no son compatibles con la grandeza. El poder de los nombres no se tiene en suficiente consideración y, sin embargo, *nomen omen* es una máxima comprobada. De hecho, lo que me cuadra a mí es estar sola.

Pese a todo, Aleš Drlík no se ha dado por vencido. Sigue cubriéndome de pequeños obsequios, más o menos una vez al año me repite, medio en broma, su propuesta de matrimonio, pero principalmente mantiene el contacto conmigo a través de la empresa que fundó y que transforma mis sueños visionarios en proyectos presentables. Dirige la empresa DreamFactory en el tiempo libre que le deja su verdadero empleo de programador. Él es el único empleado de su *startup*: la mayoría de los proyectos los desarrolla solo y para operaciones concretas contrata ayuda externa. Pero con un

cociente intelectual en torno a 150 y su formación como matemático rara vez se le atraganta algo que no sepa resolver.

Se procuró a ese efecto un espacio no residencial en un patio del barrio de Vinohrady, un antiguo taller. Consta de dos habitaciones y un baño. Una la tiene acondicionada como oficina y la otra sirve de dormitorio especial o laboratorio onírico. La ventaja del patio interior es que, para una gran ciudad, puedes confiar en que haya un relativo silencio, así que no hizo falta invertir en aislamiento sonoro. Normalmente apunto mis sueños en casa, pero más o menos una vez a la semana paso la noche en DreamFactory, donde Aleš regula de distintas maneras la temperatura y la humedad del aire o la comodidad de la cama, anota minucioso cuántas horas he trabajado ese día, qué he comido y bebido, en qué fase del ciclo me encuentro, etc., e intenta dar con las condiciones óptimas para un sueño lo más profuso posible. No se trata de que duerma bien, sino de que mi inconsciente libere la mayor cantidad posible de sueños, del tipo de los que es posible explotar comercialmente. Por ejemplo, me obliga a beber mucho antes de irme a dormir, para que me entren ganas de ir al baño, y tenga un sueño más ligero y me despierte más a menudo. Prueba conmigo también los efectos del té, el café, el alcohol y otras sustancias psicoactivas más o menos legales. Lo importante es que recuerde la mayor cantidad de material onírico posible. Ni siquiera tengo que tomar nota de nada. Basta con apretar un botón junto a la almohada y dictar el sueño aún fresco a una grabadora. Aleš a veces pasa la noche al lado, en la oficina, y por la mañana temprano discutimos juntos los sueños, mientras permanecen en

mi memoria y hasta que no queda de ellos más que un aura nebulosa. Tal vez Aleš tenga la esperanza de que de nuestras noches de trabajo resulte algo más romántico, pero, desde luego, no es insistente. Esa es la única razón por la que he accedido a este sistema. Y también por el dinero, con el que mejoro un poco mi sueldo académico.

Esta noche, precisamente, le correspondía a Aleš. Eran las ocho de la tarde cuando iba cerrando las tablas de datos de mi investigación en el despacho. Según mi costumbre, ojeé mis servidores de noticias preferidos para estar al día, dado que me había perdido el noticiario de la tele.

«Este domingo sufrió una lesión de columna vertebral un hombre que saltó en parapente desde el desnivel de la Ciudad Vieja de Šumperk. Durante el salto el parapente no se llenó de suficiente aire y el hombre impactó de nalgas contra un tocón...

»... Dos presos tuvieron un altercado el domingo por la noche en una celda de la penitenciaría de Mírov, en Šumperk. La trifulca, según la Policía, fue provocada por el preso más joven, que despertó al hombre mayor...

»... Un vándalo sin identificar dañó la noche del sábado al domingo la fachada del centro deportivo de Šumperk. Restregó arándanos congelados en los muros circundantes. Provocó al propietario daños valorados en 20.000 coronas».

Arqueé las cejas sorprendida y apagué el ordenador.

Entrada al laboratorio onírico de Aleš siempre a las diez de la noche. Pasé por casa para comer algo, ducharme y cam-

biarme de ropa. Mi hermano no estaba en casa y parecía que se había llevado también sus cosas. Tiene su propia llave, así que no le di más vueltas.

Me dirigí a pie al despacho de Aleš en Vinohrady. Salí desde el río, por la bulliciosa calle Resslova, a la plaza Carlos, donde en el parque, al caer la tarde, se despabilan los drogadicotos. Frente a la iglesia de san Ignacio de Loyola intenté imaginarme en los raíles del tranvía la capilla del Corpus Christi, derribada, como la Bastilla de París, en el año 1789. Me asaltó la idea de si Aleš tentaría a la suerte conmigo y si esta vez, por casualidad, debería sucumbir a sus encantos. La paradoja de nuestra relación era que, a pesar de lo dispar de nuestros temperamentos, el sexo funcionaba de maravilla. Para ser más exactos, la parte mecánica. El ingeniero Aleš Drlík es lo que se llama un tipo técnico. Le interesa el funcionamiento de las máquinas y los aparatos, y el mecanismo del cuerpo femenino no es más que un peldaño más de dificultad técnica que era necesario alcanzar. Desde el comienzo de nuestra relación pude observar, atónita, con qué seriedad y, al mismo tiempo, apasionado interés procedía con mi cuerpo, con qué tacto, casi de relojero, encontraba en mis entrañas botones de los que yo misma no tenía ni la más mínima idea, y lograba resultados sorprendentemente rápidos e intensos. Como si estuviera firmemente decidido a desmontar el mecanismo para a continuación recomponerlo de forma impecable. Nos funcionaba de maravilla, pero a aquello le faltaba espontaneidad, impredecibilidad y soltura. Me gustaba su actitud sin prejuicios ni pudor hacia mi carnalidad. Él, sin embargo, solo aceptaba determinadas

maniobras y exigía siempre los mismos procedimientos. Sobre todo, nada de experimentos, como con la comida. Amaba la regularidad en todo, incluso en las secreciones. Se despertaba cada día a las ocho y a las ocho cero cinco evacuaba. Comía unos cinco alimentos, una y otra vez. Sospecho que tiene un ligero trastorno del espectro autista. También encaja con eso su falta de sentido del humor, así como su incapacidad de reaccionar espontáneamente con una broma ante una situación fortuita de la vida. Creo que es consciente de ello, por eso tiene en reserva cientos de anécdotas, probablemente sacadas de internet, que no duda en utilizar. Aparte de la falta de sentido del humor, encaja su nulidad para mentir, que, aun siendo encomiable, resulta en la vida cotidiana poco práctica. Aleš no era capaz de mentir ni siquiera a desconocidos en mi beneficio, lo cual yo percibía como un defecto fundamental. ¿Cómo puedo vivir en pareja con alguien que no tiene el más mínimo sentido de la complicidad ni de la alianza? De camino a su casa recordé todo esto y llegué a la conclusión de que esta noche mejor prescindiría del sexo.

Aleš me recibió con una de sus bromas sin gracia y me informó de que para esta noche había regulado la temperatura a veinte grados, pero que había preparado una manta más abrigada. Dispuso la bebida junto a la cama y vaporizó la estancia con aroma de naranja.

—¿Recuerdas que a los niños, en los campamentos, les hacían oler jabón? ¿Para que lo desvelaran todo mientras dormían? He comprado esencia de cítricos y la he pulverizado. Por probar...

Me hizo reír. Por algún motivo no lograba imaginarme que incluso alguien como Aleš estuviera iniciado en las novatadas de campamento, y me entraba aún menos en la cabeza que conservara recuerdos de esas leyendas infantiles y que se las tomara en serio.

Se disculpó por no poder pasar allí la noche aquel día y me confirmó que vendría por la mañana, antes de las nueve, a discutir los resultados. El dilema del sexo se resolvió así sin que yo tuviera nada que ver. Volvió a tomarme el pulso y la tensión, anotó las condiciones del laboratorio en un libro, como en tiempos en las prácticas de física de la Universidad, y apuntó algo así como que se prescindía de él, puesto que no solo la presencia, sino incluso la misma existencia de un observador influye en el experimento.

Últimamente en casa me cuesta despertarme y permanezco un buen rato con los ojos bien cerrados en una especie de parálisis corporal. Un poco como cuando se enciende Windows, de vez en cuando arranca una actualización y el sistema se reinicia. Por el contrario, en el laboratorio onírico de Aleš me despierto cinco minutos antes de que suene el despertador, rápido, como cuando enciendes la televisión. Clic, y estoy totalmente funcional. El cuerpo está en marcha y por el torrente sanguíneo circulan las hormonas adecuadas, incluso sin luz diurna. Me conozco y sé que cuando tengo una razón de peso para levantarme por la mañana, por ejemplo una cita en el médico o un viaje, me despierto de lleno en modo de emergencia con los motores ya arrancados. El doloroso despertar de los días corrientes es evidencia de que en realidad no tengo una razón para vivir.

Me desperté a las 7:55 y dicté rápidamente al micrófono junto a la almohada los últimos sueños matutinos. Extraje de la efímera memoria caché, que se borró automáticamente a la velocidad del rayo, todos los detalles que me fue posible captar. Cuando por la mañana reviso con Aleš las grabaciones de la noche, a menudo no recuerdo en absoluto los sueños registrados. Hoy tenía la impresión de haber grabado algo también durante la noche. A menudo sucede que en duermela dicto un sueño que por la mañana resulta ser de carácter marcadamente personal, lo cual nos turba a ambos. Pero hemos firmado una cláusula de confidencialidad y, dado que sé bien que Aleš no sabe mentir, no tengo que temer que vaya a revelar nada. Y lo que él piense de mis sueños es asunto suyo.

Cuando llegó Aleš, antes de las nueve, estaba ya sentada en la oficina, arreglada y maquillada, bebiendo té. Del último sueño, justo antes de despertarme, me acordaba hoy perfectamente. Soñé que viajaba en un tranvía que, en los ángulos rectos, en vez de rodear el bloque de casas, lo atravesaba, en diagonal por el patio. Cuando desde fuera se topaba con una esquina, la casa se abría mediante unas complejas bielas de acero y el tranvía pasaba de los raíles a unas cintas transportadoras de goma que lo llevaban en silencio a través del patio interior cuesta arriba. Toda la casa estaba como con las tripas fuera, no quedaba más que parte de la escalera y un trozo de patinillo, y la puerta del portal se abría como la de la casa del terror de una feria. Cuando el tranvía ya había pasado, la casa volvía a cerrarse en el lado contrario. «Algo así como los puentes levadizos de San Petersburgo», añadí a modo de explicación.

Aleš tenía cara de decepción. Hacía ya un par de meses que no producía nada rentable. Tal vez se hubiera agotado mi fantasía, me hubiera desconectado de la fuente del inconsciente colectivo, o de donde sea que surgen los inventos e innovaciones. O hiciera falta mejorar las condiciones de sueño y estimular mi actividad REM, lo cual es tarea de Drlík.

Aleš tenía la esperanza de encontrar algo decente escondido en la grabación. En primer lugar, a las 02:21, dicté un sueño que, al escucharlo, me costaba evocar. Se trataba de algún tipo de instrumento de limpieza que con una ronquera somnolienta describía como «una cosa curvada peluda en un palo, como un cepillo para limpiar botellas». En el sueño, al parecer, resultaba muy apropiado para barrer bajo la cama, porque recogía todo el polvo, llegaba hasta las esquinas y no había que meter la escoba en horizontal.

—Es una pena que no se te ocurriera antes de que inventaran los robots aspiradores —se burló Aleš, que, sin embargo, tomó nota.

En la siguiente grabación musitaba bastante, pero se me podía entender. Contaba que me había encontrado con mi ginecóloga y que había decidido ir a su consulta. Y no sola, sino con mi madre y mi abuela; pero no con mi abuela materna, sino con la madre de mi padre, a quien, por cierto, jamás conocí. Nos desvestimos juntas en el vestuario: mi abuela llevaba puesta una enagua de lino antigua y de la axila le asomaban restos de plumas, como cuando se despluma una gallina. Entré sola a la consulta, donde la doctora y la enfermera tenían a sus hijos pequeños, porque justo eran las vacacio-

nes de Navidad. La doctora me indicó que me sentara en la cama deshecha, que hacía las veces de sillón de reconocimiento. Y de repente no era ya una doctora, sino un doctor. Empezó a mostrarme cómo había reformado la consulta. Por lo visto había allí una tubería que desembocaba en el vacío, por lo que había tenido que cegarla con un gran tornillo cromado que parecía un sacacorchos grueso. Con eso acababa el sueño. Entonces, al escuchar la grabación, hice como si no estuviera allí mientras, concentrada, me arrancaba un padrastros de un dedo y, de vez en cuando, ponía los ojos en blanco.

—Sé que quieres ser concienzuda y no pasar nada por alto, pero, en el futuro, ¿no podrías filtrar estas cosas? Resérvate las para el terapeuta, ahora estamos perdiendo el tiempo con esto. —Siempre sereno y amable, de repente Aleš sonaba irritado. No me lo tomé a mal. La gente que no tiene sueños propios en ocasiones actúa movida por la envidia. Aleš al menos había aprendido a sacar provecho indirecto de los míos. Solo que a veces es demasiado para él. Sobre todo si se trata de lo que llaman «grandes» sueños o si el tema es de cariz demasiado íntimo o erótico. En ocasiones pienso si se podría comprobar si las personas que afirman no tener sueños no sueñan realmente, o si sus sueños son tan inconcebiblemente horribles, tan inconcesablemente atroces que la válvula censora del inconsciente no los deja salir.

Yo soy consciente de la irrupción de materia subconsciente, puede que demasiado, y es una triste verdad que mis sueños son en suma mucho más dramáticos y emocionalmente satisfactorios que mi vida en vigilia.